



Washington Cucurto

**LAS AVENTURAS  
DEL SR. MAIZ**

**INTERZONA**



Washington Cucurto

**LAS AVENTURAS  
DEL SR. MAÍZ**

**El héroe atrapado  
entre dos mundos**

**INTERZONA**

## INTERZONA

---

Washington Cucurto

Las aventuras del Sr. Maíz : el héroe atrapado entre dos mundos . - 2a ed. - Buenos Aires : Interzona Editora, 2014.

120 p. ; 21x13 cm.

ISBN 978-987-1920-43-3

1. Narrativa Argentina. 2. Novela.

CDD A863

---

© Santiago Vega, 2005, 2014

© interZona editora, 2014

Pasaje Rivarola 115

(1015) Buenos Aires, Argentina

[www.interzonaeditora.com](http://www.interzonaeditora.com)

[info@interzonaeditora.com](mailto:info@interzonaeditora.com)

Coordinación editorial: Brenda Wainer

Diseño de maqueta: Gustavo J. Ibarra

Composición: Hugo Pérez

Corrección: Clara Oeyen

ISBN 978-987-1920-43-3

Impreso en la Argentina. *Printed in Argentina*

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

## 29 DE JULIO, 1973, QUILMES

Llego al mundo. Peso 2,30 Kg. Me tienen en incubadora. Mami, una negra tucumana, me pone una teta sandía en la boca y me duermo. Por eso me gustan las dominicanas, las paraguayas, gordas y negras. Me gustan las enfermeras. Si pudiera les tocaría el culo o una teta a todas. ¡Todas tienen algo de mami!

También me encantan las mucamas de los hoteles rascas del Once.

Una vez conocí una que me sonrió y me hizo pasar a una pieza gratis. Me gustan las de 50 años arruinadas, bofes de carne, casi. Me gustan más que las pendejitas de 16. Una tarde, después del súper, me fui a caminar por el Once, y conocí una vieja de 63 años, parecía de 70, pero todavía tenía las carnes duras, hizo de todo encima del trompo de carne. Odio a Roberto Carlos. Mami me amamantaba escuchándolo en la última pieza del Hospital Municipal de Quilmes. Mi mami, ¡qué tucumana terrible! Tenía delirios sexuales con Roberto Carlos. Esto me lo contó mi padre. Mami decía que lo había conocido de joven y habían tenido una onda. En el Hospital de Quilmes todos nos conocen porque mi padre armó bardo cuando mami quiso ponerle el nombre de Roberto Carlos a mi hermano. Era evidente que algo pasaba entre el brasileño y mami. A veces pienso, qué suerte loca tuve de salvarme de ser el hijo del brasuca. Hubiese sido un bajón. Cuando escucho esa canción horrible de La montaña siento las peores cosas. Y nunca escuché a Pink Floyd, Led Zeppelin, The Doors, Queen, The Rollings Stones, como todos los demás chicos que habían nacido en Quilmes esa vez.

## ORO

Ahora les voy a contar cómo me metí en el supermercadismo. Una mañana fui a completar una solicitud de empleo a una de esas agencias de trabajos eventuales. Por aquellos años yo tenía 17 y trabajaba limpiando oficinas céntricas de 7 de la tarde a 11 de la noche. Me dejaban solo en aquellas oficinas de un piso entero, me cerraban la puerta y me quedaba plumereando, pasando la aspiradora en las alfombras caras, las computadoras, los algodonosos escritorios de gente importante. Veía los retratos de sus familias sobre sus escritorios, envueltos en barrocos, barbitúricos moldes de oro paraguayo. Yo reconozco de inmediato el oro paraguayo debido a que mi madre tenía una compañera de trabajo que dos fines de semana por mes cruzaba el río hacia Caacupé, ciudad de la Virgen, y compraba oro paraguayo que después vendía a las mucamas, médicos y enfermeras en el Sanatorio del Valle. El oro paraguayo es muy distinto al oro peruano o al oro boliviano. El oro peruano brilla mucho. Si sos morocho, te lo ponés y parecés un taxi, andás relampagueando en el subte o en las calles del barrio. No podés salir a la provincia porque seguro te secuestran. Además es de muy mala calidad y te mancha de verde la piel. Dicen que el oro peruano atrae a los negros, cuando te bañás y entra en contacto con el agua, suelta en el aire un olor que excita a los mulatos. Por eso este tipo de metal tiene entre sus usuarios al mundo gay de la noche. Ay, medio que me colgué hablando del oro. Bueno, hay que decir del oro boliviano que es el más liviano, se lo usa para cadenitas y pulseritas, trae buena suerte, tiene una buena mezcla de cobre que lo vuelve de un brillo muy hermoso. Además dicen que

atrae a las hadas de la noche. Putas y bailanteras. Si una noche de otoño vas por Constitución con una cadenita en el cuello, serás una especie de Hijo del Presidente llegado del Paraguay. Serás vos el Rey de la Cumbia y no los Sellos Discográficos Piratas como Líder Music, serás vos el Rey de la Música, ya que la cumbia nace de los sonidos producidos por la frotación de este metal. Picho, todavía hay un mundo que está en la Edad de los Metales. Ese mundo es el nuestro. El oro boliviano, para el ojo, es un pequeño sol que uno debe llevar en el cuello o la muñeca. Hoy día también se usa en los tobillos. El cobre es el que produce todas estas sensaciones. El cobre es un pequeño sol. Yo no sé qué extraña energía le ve la gente al oro, pero el cobre es el metal de la vida, es el espíritu de Dios en la sangre de nuestra tierra. Por eso Bolivia, rico en cobre, será siempre una tierra prometida, encantada. Bolivia es la tierra que eligió Dios para descansar. A los que juegan con Bolivia, les digo: “No despierten a Dios”. El cobre es el secreto de la vida, con él se fabrica combustible y se crea el fuego. El cobre es el enamorado del petróleo. Pero nadie quiere cobre, solamente lo codician los niños de la Avenida 9 de Julio que le roban el “pesín” a los neumáticos de los autos estacionados para después venderlos en cualquier herrería. Ya ven, la gente es tonta, todos corren detrás del oro. Por oro matan y a través del oro tratan de enamorar a las mujeres más lindas. Y a las mujeres más lindas les encanta el oro y por eso verán miles de locos y locas corriendo, saltando de nego en nego de la calle Libertad. Mírenlos ustedes, son bobos. Pero el mundo es así, lo que más se vende es lo que enamora a las bellas mujeres: los autos, los restaurantes caros, el oro, la ropa. El mundo está signado por el gusto femenino. Ay, que me fui bien lejos, pero ya vuelvo. Solo recuerden que yo estaba limpiando las oficinas, porque ahora tengo que hablar del oro paraguayo, el mejor del Río de la Plata. Es el oro románticón, con él se fabrican iniciales y nombres y millones de corazones de todas las formas imaginadas. Palabras de oro. “Silvia”, “Luisa”, “Andrés”, “Amor”, “Unidos for ever”, “Pedro”, “Catalina”. Yo amo el oro paraguayo porque es el oro de las dominicanas. Las

dominicanas solo se ponen oro paraguayo. Si vas con una a la cama, en vez de 40 kilitos que pesa te vas con 50 kilitos porque los 10 kilos restantes son de oro distribuido en pulseras, cadenas, mallas del reloj, aros, dientes, muelas, crucecitas e imágenes de la Virgen de Caacupé. ¡De qué manera aman las negras el oro...!

Una vez conocí a una que tenía el fémur de una pierna de oro. Y otra vez hice el amor con una que tenía una cadena con un corazón en forma de pene. Y una vez más de tantas, conocí a una y esto: me pagaba una fundición de lycra de oro a lo largo de toda la poronga. “Chico, pa que tengas el ganso de oro. Tú no sabes lo que eso significa. Singarás de noche y de día con todas las dominicanas del mundo, pues nosotras solo soñamos con un hombre de pija de oro. Serás el ángel de todas las putas de la ciudad, les sacas el dinero y vamos mitad y mitad...”.

Tanto me jodía con ese tema Idalina. “Que tienes una pija fenomenal pa recubrirla en oro. Ni tan grande ni tan chica, pero extremadamente gruesa y con la cabeza como una manzana. En mis años de puta no he visto pija con cabeza igual. Volvámosla de oro, coño. Inventemos el negocio del Siglo con el hombre de pija de oro rondando a las mulatas dominicanas. Hasta podríamos hacer un programa de televisión. Yo conozco al hombre que puede hacer ese trabajo”.

Siempre me jodía cuando la tenía adentro. “Cucu, Cucu, vuélvela de oro, ay, ay, vuélvela de oro. De esa manera podrías dejar este yotibenco horrible y ese supermercado, y yo la calle. Haremos el mejor cubrimiento en oro paraguayo que mandaremos especialmente a pedir con unos paraguas malandras que yo conozco”.

Al otro día, Idalina, mi novia dominicana, se levantó de un salto de la cama. Le dio un beso a la punta de mi poronga como todos los días. Se persignó ante el Dios Morcillón.

—Buen día, mi Rey. Me voy a Paraguay a buscar oro.

Me senté en la cama y con mis dedos me rasqué los ojos sacándome las lagañas.



—¿No era que lo ibas a encargar a tus amigos paraguayos?

—Ay, mi Rey, nunca serás nada. Hazlo todo tú mismo, supervísalo, fábricalo y ponla en todo tú mismo. No dejes que nadie haga nada por ti, porque lo hará mal. Además hay una pija en juego. Yo que tú controlarías todo.

Me levanté de la cama y empecé a meter mis piernas en la botamanga del jean.

—Voy con vos, negra, aguantame.

—No podés Rey Cucu, tenés que quedarte acá, acordate que en tres días es el Día de Alabación del Sr. Maíz. Y todo el conventillo se está preparando para ese día.

—Idalina, ¿qué es el Sr. Maíz? Nunca me hablaste de eso...

—Tú siempre estás en la Luna, Reyecito sin Palacio, mejor que te ubiques y empieces a buscar uno porque sino esta conchita se cierra para siempre...

Mi novia dominicana salió corriendo y se tomó un taxi a la Estación de micros de Retiro. Antes me dijo que coma mucho apio y berro y vaya a hablar a la joyería de la vuelta. Libertad 123. Casa Rey Sol. Con Luis tenía que hablar, que era el señor que me iba a convertir la pija en oro. Fui.

Cuando llegué me atendió un viejo ultragay que apenas vio mi negritud dijo: “Otro que viene por el Sr. Maíz”.

Entré al localcito de joyería y vi que atendía el mostrador una mocosa con una cara de atorranta increíble. Me acerqué a ella y le pregunté por Luis. Tenía un pantalón Levis ajustado. Cómo movía el culo esa guaina, derretía las paredes. Otra vez se me acercó el viejo al cual yo ignoraba olímpicamente y me dijo:

—Parece que esta es mi semana de suerte, se me vinieron todos los dominicanitos del conventillo de acá la vuelta por el tema del Sr. Maíz.

Le respondí seco.

—Yo no soy dominicano.

—No te preocupés que ya sé todo de vos. Idalina, mi clienta preferida, me dijo el trabajo que quiere que haga con tu... “herramienta”. Será un honor. Me muero por ver eso de lo que tanto me habló Idalina. ¡Cómo la envidio!

El viejo se dio vuelta moviendo el culo para el lado de una puertita.

—Vení muchachín, pasá a mi salita de esterilizaciones.

Me sentí mal, con bronca. Justo un puto iba a recubrirme la pija de oro. Maldición, seguro va a dormirme con anestesia y me va a dejar la pija a la miseria. Entonces decidí que no me quedaba otra que cogermelo al viejo y a la pendeja, sí o sí. Era mejor hacerlo teniendo conciencia de todo. Me quedé pensando en eso de que habían ido muchos dominicanos. ¿Eso quería decir que todos los negros estaban cubriéndose la pija de oro? Si eso era así, ¿para qué me la iba a recubrir yo también?

—Escuche Sr. Luis, quiero saber si ya recubrió con oro muchas pijas del conventillo.

El viejo me miró a los ojos fijamente, se corrió un poquito los anteojos. Preparó la camilla y me hizo el gesto de que me desnudara.

—Nunca en la vida, muchachín.

—¿Y todos los dominicanos que vinieron, Sr. Luis?

—...Ellos son increíbles, todos tienen grandes pijas por la cual uno sería capaz de vender la joyería y darles todo. Pero para ser el Sr. Maíz y recubrir una pija de oro tiene que ser perfecta, como Dios, como la creación de la vida. Por eso, muchachín, saquémonos las dudas y muéstrame la pija.

Entendí todo rápido. Me di cuenta de que yo era el elegido. Le puse la pija encima de la camilla, dormida, vivaracha, expectante al primer roce pa despertarse como un animal salvaje. Tropical.

—¡Dios, esta es una auténtica pija tropical!

El señor Luis se sorprendió y se tiró para atrás. Me miró a los ojos enamorado, con una fuerte dosis de ternura. Y me dijo que yo tenía el Don de Dios, que estaba destinado a ser el Sr. Maíz. ¿Qué mierda era aquello del Sr Maíz? Sr. Luis corrió hacia la puerta y pegó un grito:

—Anita, vení a ver esta preciosura.

Estaba llamando a la chica del mostrador y comenzó a picarme la cabeza de la poronga que cabeceaba como diciéndome, Cucu, tirame una galletita. Ella entró moviendo el culo, metiéndosele el Levis enterito en la conchita. Cómo excita, cómo recalienta, cómo provoca, lo ceñido, lo ajustado, lo apretadito de más. Doy gracias eternas al yanqui que inventó los bluejeans y logró que todas las conchitas y pijitas se los pusieran. Aproveché para cancherear al máximo y puse mis dos huevos negros sobre el blanco ala reluciente de la camilla.

—Ay, Virgen Purísima y Santa sin Pecado Concebida. Líbrame de todos los Pecados. ¡Es el milagro que estábamos buscando, Sr. Luis!

—Sí, niña. Pero ahora hay que ponerla gruesa para ver sus medidas exactas y la tonalidad que adquiere cuando fluye la sangre. Tomá medidas y colores, mientras yo preparo todo para la fundición del oro.

La borrega se me acercó y me agarró la pija. Indiferente, profesional.

—Señor, lo felicito, tiene usted una pija de una belleza superior. Ahora me disculpa, pero voy a tomarle las medidas. Esta será la primera intervención quirúrgica joyística del mundo. Relájese que no le pasará nada.

Me excité tanto con el roce de sus dedos que casi la muerdo. La agarré del cuello y la acerqué hacia mí, le di un beso profundo, le metí la lengua hasta la boca del estómago. Ella suspiro adentro de mi boca. Sentí que se le aflojaban las piernas. Entonces hice rápido y bien, le desabroché el botón de la cintura del jean y se lo tiré para abajo. Quedó en conchitas al instante, además ayudó con movimientos de cintura, hacía como que se despojaba de un velo, de una caparazón de tortuga y se entregaba al cangrejo violador y único. Yo me enamoré de sus nalgas y la levanté sobre la camilla. Le abrí las piernas y le grité, “¿Te gusta?”. Ella ya estaba volando con los ojos cerrados, respirando hondo, manejando con maestría su respiración para tener fuerzas en el cabalgamiento. Se la metí toda de un solo empujón y me aguantó. Tenía una conchita estrecha que me raspó

todo con sus pelos finos. Se acomodó y se la mandó a guardar bien adentro, soltando dos caderazos.

El Sr. Luis seguía preparando las jeringas, con una moledora convertía lingotes de oro en granitos. Hervía aceite. Preparaba Mertiolate y medía con el oxígeno exacto el tiempo de la anestesia. Hizo una señal de que estaba todo en orden.

—Qué suerte que tienen las mujeres. Anita, se te va el profesionalismo a la mierda. Ya largá esa pinga y ponete en tu puesto.

—Ay, Sr. Luis, estoy en mi puesto en la vida. Quiero quedarme acá siempre...

—Basta de bromas. A trabajar.

Ella se despingó de un salto y agarró la manija del tubo de oxígeno.

—Las medidas son perfectas Sr. Luis —le dijo mirándolo con una sonrisa cómplice y sacándose el sudor de mi pecho de su frente:

—Sr. Cucurto, relájese. Sujete al monstruo que tiene entre las piernas y acuéstese boca abajo en la camilla.

Yo sospeché. ¿Para qué quería el Sr. Luis ponerme boca abajo? ¿No estaría pensando en romperme el culo? Se lo pregunté.

—Sr. Cucurto, con todo respeto. Soy un profesional de la joyería argentina. A mí solo me gustan las pijas, me gustaron siempre y por la suya daría toda esta joyería.

Me tiré en la camilla y me puso una inyección que me semidurmió. Después me dio vuelta. Yo seguía con la pija mirando al cielo y escuché que le decía a Anita: “Esto es un secreto profesional y no sale de esta sala”. Y comenzó a mamarme la verga desesperadamente. Ella, al ver la pija saltando al aire, se metió tres dedos en la concha y empujaba para todos lados. Gemían. Sr. Luis se bajó los pantalones y se sentó encima mío. Y comenzó a gritar como loco. “¡Me estoy comiendo al Rey, me estoy comiendo al Sr. Maíz!”.

Ella estaba tan loca mirando todo que se metió el tapón del tubo de oxígeno en la concha. Después me la agarró de nuevo y le dijo al Sr. Luis que ya se ponía sus guantes esterilizados:

—Está por botar la leche. Ay, que me la trago.

—No seas imbécil, ponela en un frasquito que es el último polvo del Sr. Maíz. Valdrá oro para la historia de la República Dominicana. Estamos en un avance de la medicina mundial. Si podemos recubrir pijas de oro nos haremos millonarios.

El Sr. Luis con Anita trabajaron intenso, con amor, con verdadera dedicación y dejaron su firma en el tronco de mi pija, como lo hace un arquitecto en un trozo de cemento de un edificio que acaba de construir o un pintor en un cuadro que pintó.

Me desperté al otro día con fiebre y dolores intensos en los testículos. Lo primero que vi fue el techo y la boca de Anita que me besaba y acariciaba la frente.

—Buenos días, Sr. Maíz, soy su esclava.

Me senté asustado en la camilla y al mirar entre mis piernas ya no vi la negrura clásica que había marcado mi personalidad desde niño. ¡Tenía un brillo intenso de oro boliviano, tenía una pija de oro! Me sorprendí, nunca había visto nada igual, ni sabía que podía existir una pija de oro. No me pesaba mucho y su valor era de 45.000 dólares, según me dijo después, cuando me fui, el Sr. Luis. “¿Y ya están pagos?”, le pregunté. Y me dijo que Idalina había cancelado todo con sus ahorros de seis meses de puta. Me dio antibióticos, me puso una venda y me dijo que durante seis días no hiciera nada. Y me agregó esto: una pastilla color rosa. “No la dejes de tomar por nada del mundo. Una por día por el resto de tu vida”, me dijo. Me agarró curiosidad y le pregunté: “¿Y qué me pasa si no la tomo?”. “Ay, muchacho”, me dijo Anita poniendo blanco los ojos, “ni se te ocurra porque entonces cambiará el futuro de la República Dominicana. En la Isla quedará todo como si hubiera pasado el Huracán Mitch”. Eso me alarmó. ¿Tanto poder tenía? Ahora resulta que el futuro de una nación dependía de mí y de una pastilla.

Antes de volverme para la zapie del conventillo, le di un beso en la boca a Anita. Unos pungas que venían a vender al local de joyerías las cadenitas y celulares robados en el subte me dijeron: “Que hacés piojo, no la toqués”. Anita les dijo: “Tranquilos chicos, es el futuro Sr. Maíz”. Y ellos hicieron una reverencia.

Cuando salí el Sr. Luis me dijo:

—Disculpa Cucu, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Sí, claro Sr. Luis, pregúnteme lo que quiera.

—¿En serio que no sos dominicano?

—Claro, soy argentino. Nací en Quilmes.

—Entonces tené cuidado porque el Sr. Maíz solo puede ser Dominicano... ¿Qué eran esas marcas que tenías en el tronco de la pija?

—Me la mordió un perro mientras me la chupaba.

Sr. Luis me dijo: “Chau y mucha suerte, que la necesitarás, muchacho”. Ya en la calle vi que se abrazaban con Anita festejando la intervención. Y dijo: “¿Quién hubiera pensado que el mismísimo Sr. Maíz, antes de nosotros, se hacía mamar la pinga por los perros?”.

Volví al yotibenco lleno de dominicanas y peruanas y toda una lacra de gente del norte argentino. Norteños. La música sonaba con todo, la maldita bachata enamoradora de todos los corazones caribeños sonaba y sonaba haciendo tintinear la llave del sexo y la alegría. Faltaban dos días para que todos en el yoti alabaran al Sr. Maíz. Me fui a tirar a la pieza hasta que llegara Idalina con el oro del Paraguay. Pensaba cómo se pondría esa negra al enterarse de que ya me hice la pija con oro boliviano y no con el oro que ella quería. Pero, ¿no me lo dijo acaso, che, que hiciera todo yo? Y bueno, le hice caso. Igual tendré que aguantarle sus insultos. En la zapie estaba durmiendo Catalina, una de sus primas, que destapándose y mostrando el culo desnudo me dijo: “Hola, Cucu, ¿cuándo vos y yo vamos a agitar alguna?”. Yo le dije que no podíamos, que piense lo que podía pasar si se enterara su prima Idalina; a mí me la cortarían y a ella la mandarían de vuelta al Cibao. Ella dijo que tenía razón y me preguntó de dónde venía. Le dije que de la joyería.

—¿Que tú estas robando, hampón?

Se sentó en la cama abriendo los ojos.

—Epa, negraza. ¿No te dieron tu pijazo diario o qué?

—No te hagás el mansito que vos sos un gallón pingón que preña y preña gallinas.

Se paró sobre la cama mostrándome sus fuertes piernas negras, sus pezones se le marcaban debajo de la remera y la bombacha se le metía toda en la conchita. Agitó los brazos y golpeó las aletas de un ventilador que a gatas giraba.

—¡Los otros días me encontré con dos hermanitas mías del Cibao que decían que estaban preñadas de vos!

Embarazos. Eso gritó Catalina, con mala onda y saltó delante mío. Me respiró con sus labios rojos a medio centímetro de mi boca.

—¡Catalina! Por favor, si en esos pozos cualquiera encuentra petróleo. ¡Ahora soy yo el responsable de los hijos del mundo!

—¿Qué traes escondido debajo del pantalón? Deja ver, malandra, en qué andas tú que no se da por enterada mi primita.

Me dio un beso y me manoteó la pinga. Salté empujándola de mi lado.

—Basta, Catalina. Ahora tengo la pija enferma y el Sr. Luis dice que seré el Sr. Maíz.

—¿Maíz, tú? Pija Chica. Sí, sí, yo soy Madonna.

—¿Quién mierda es el Sr. Maíz?

—El Sr. Maíz es el hombre que elegimos las mujeres del Caribe una vez al año y le rendimos homenaje. Es el único Santo Viviente, Vicioso y Pecador. Es el Santo vividor de las Mujeres. Es aquel que tiene la pija más grande y puede hacer lo que quiera con todas las mujeres y a cambio les concede todos los deseos que le piden. Los indios decían que el verdadero Sr. Maíz tenía el pene de oro. Y hasta ahora, año tras año, se espera la llegada del Sr. Maíz.

—¿Y por qué lo veneran tanto?

—En Dominicana dicen nuestros abuelos que él nos hará felices eternamente. Nos cura de las enfermedades y no deja que nuestros hijos se mueran de hambre. Dicen que el día que el Sr. Maíz llegue a la Tierra, la República Dominicana comenzará un período eterno, celestial, de paz, amor y felicidad.

Medio segundo antes pensaba mostrarle a Catalina la pinga. Pero al oír toda la verdad, sentí tanto miedo que decidí guardármela.

Ahora resulta que era un Santo y debía hacer milagros y concederle alegría y felicidad a la gente. Tendría todas las mujeres que soñé siempre y no trabajaría más en el supermercado, como me lo decía Idalina. Al fin había encontrado la felicidad eterna de mi vida. ¿Qué tenía que ver yo con los milagros? Si en el fondo yo no era el Sr. Maíz sino un impostor. Sabía que mi pija de oro no era natural sino recubierta en oro en un local de compra de oro de la calle Libertad. ¿Cómo debía actuar? ¿Qué debía hacer? No me iba a quedar con los brazos cruzados a esperar al verdadero Sr. Maíz.

“Chau” me dijo Catalina, se salió de la pieza y se fue al baño moviendo el culo que se le veía todo debajo de la remera. A medio pasillo se levantó la remera. “Cucu, este es para vos”, me dijo y me mostró su gran culo negro con la bombacha perdida en su hoyo oscuro. Sonrió y se metió en el baño. Sin decir nada, me le metí detrás. El piso estaba mojado y maldecí. “¡Qué asco, qué olor a mierda!”, dije. “No, Cucu, estás equivocado, es el olor del amor”. ¡Cómo aquella negra podía ser tan cochina! Me calentó la cabeza y de un tirón le arranqué la bombacha. “Epa, epa, guey, larga esta carne que no es tuya”. “¿Qué te pasa ahora, te enseñoriaste?”, le dije. “Esperame un minuto que voy a cagar”, me dijo. ¡Es la negra más sucia y sarnosa que vi en mi vida! Mientras escuchaba los pluc de los soretes que soltaba, agarré fuerte la manija de la puertita del baño pa que nadie entrara. Con la otra mano me corrí las vendas que me había puesto el Sr. Luis y la saqué afuera. Tenía que hacer equilibrio entre la mierda, para que la negra sentada en el inodoro no me la mordiera de lo bruta que era. No paraba de cagar. “La mierda es el amor que soltamos al mundo, Cucu”, me decía. Apenas dejó de cagar la di vuelta y le hice apoyar las manos en la tapa del inodoro. Quedó con el culo al aire y se la mandé toda de un solo, resbaladizo y embarrado empujón de mierda. Le mandé leche rápido, más que nada para salir de ese baño asqueroso. ¿Cómo, pudiendo coger en su pieza, terminamos clavando en el baño? Todo el tiempo me pasan cosas así, de las peores. Bueno, lo peor siempre está por venir. La negra hizo algo increíble, agarró mierda del mismo



inodoro y se la llevó a la boca. “La mierda es la hostia de Dios para los pecadores, Cucu”, dijo y comió. La locura de esta negra para mí ya era mucho. Entonces, no sé en qué momento, capaz cuando me fijaba que las vendas no se me despegaran de la panza, me agarró de la cabeza y me dio un beso con mierda, suave, intenso. El beso más sucio que me dieron en mi vida. Fue tan amargo que lo sentí dulce, fue tan odiado que lo sentí amor. “La mierda nos une, Cucu. Es la materia de los pecadores”, me dijo con un aliento horrible. ¿Qué se sentirá después de un beso de mierda? “¿Y si se entera mi prima, Cucu?”, me preguntó. “Es imposible, en este baño no hay nada más que mierda”, le dije.

Salí del baño con la boca llena de mierda y corrí a lavarme a una piletita del pasillo que conectaba las piezas. La pileta estaba llena de ollas sucias, cucharones, cubiertos, jarras con sobras de vino y pan mojado. Agarré una olla y la llené de agua. Y comencé a limpiarme. De una pieza salió en cueros un dominicano. “Moco, chico, te estamparon un beso negro. Es el amor, muchacho, aunque te limpies no se quita con nada”. Qué amor ni mierdas, aquello era pura suciedad de negros que no se bañan, de animales salvajes comemierdas.

Después de este beso, no me olvidé más de Catalina, ni reponiendo mil horas en la góndola, ni bailanteando a morir en una bailanta, ni las 24 horas de mi cetro de Sr. Maíz, ni ahora 10 años después, que me echaron del supermercado y ya no soy más que una bolsa de pus y mocos rememorando las grandes épocas, cuando la vida me sonreía, cuando era feliz saltando las escaleras de pieza en pieza de ese conventillo lleno de negras, cuando el amor estaba al alcance de la mano debajo de un jean elastizado o en la puerta del ascensor. Nunca pude olvidarme de Catalina.

Fue ahí –mientras me limpiaba la boca de la mierda del amor– cuando escuché unos ruidos de tambores en el conventillo que estaba ubicado en pleno centro de la Ciudad. Me asomé al corredor y vi tambores, mantas con retazos de todos los colores, plumas, globos, humo de cigarros y entre todo eso, negros, negros bailando rituales

al ritmo de la bachata. Creo que por primera vez vi el conventillo como era. Me bajé un piso y en un patio central vi cómo las mujeres cosían vestidos, pegaban lentejuelas, los niños juntaban porotos y sacaban uno por uno los granos del maíz, para ofrendarle al Sr. Maíz. Los peruanos cocinaban grandes tamales sobre un tablón. Todo se estaba haciendo para homenajear y agradecer al nuevo Sr. Maíz. Yo bajé a ayudar. Faltaban pocas horas. En eso me vino a la mente que tenía que tomarme la pastilla rosa que me había dado Anita, la asistente del Sr. Luis. Mientras me la tragaba sabía que no podría hacer feliz a nadie.



¿Disfrutaste el libro que comenzaste a leer?

Podés adquirirlo en [www.interzonaeditora.com](http://www.interzonaeditora.com) y en cientos de librerías.

Gracias por apoyar con tu lectura y recomendaciones este proyecto editorial.

**interZona** es una editorial literaria independiente fundada en Buenos Aires en 2002 que se ha convertido en uno de los espacios de publicación más innovadores y reconocidos de Latinoamérica por la diversidad de autores y de títulos que publica.

En **interZona** verán reunidos a escritores noveles con otros ya consagrados; a los de habla hispana con los de otras lenguas; a los poetas con los ensayistas, los dramaturgos y los novelistas; en suma, a todos aquellos que hacen posible una conversación de voces múltiples, desprejuiciada, vivaz, arriesgada, pero siempre orientada por el estilo y la marca de calidad con la que intentamos perfilar nuestra línea editorial.

# INTERZONA